

## AMANDA

La blanca estatua ecuestre que se erguía en el centro de la plaza, le había dado su nombre: “Granaderos”.

Surgido de un proyecto fallido sobre un ramal del ferrocarril, el pueblo de humilde caserío de paredes pintadas a la cal, techos planos y patios apisonados, con una Iglesia de torre y campana, un almacén de ramos generales donde funcionaba la estafeta, el bar y la farmacia, era gemelo a tantos otros desparramados por la pampa.

También, pero alejadas lo suficiente como para marcar la diferencia, un par de casas importantes como “Tante Inés”, “Los Olmos” ó “El Remanso”, habían sido construidas, tal vez por equivocación en ese pueblo de olvido.

Un pueblo de abuelos y de nietos donde los jóvenes aún antes de ser hombres partían tras tentadoras quimeras y las mujeres lo hacían para regresar, meses más meses menos, con un crío huérfano de padres, con el tiempo justo para dejarlos al cuidado de los viejos.

El hecho es que a unos y a otros la ciudad se los fagocitaba y cuando los devolvía, “si los devolvía”, vencidos, enfermos ó prostituidos, eran sus sombras las que regresaban a terminar la vida

Exiliada, como la mayoría de nosotros, Amanda había llegado al pueblo a los pocos días de nacer. Pero si nuestras casas fueron las tranquilas calles, la estación abandonada, el monte siempre verde y el río, la de ella fue el enorme caserón más allá de la cuesta.

Y si nosotros fuimos pródigos en amigos, ella lo fue en soledades, pues su única compañía era la mujer gris que la cuidaba, el médico que controlaba su precaria salud y la lánguida dama, de pieles en invierno y sutiles sedas en verano, que periódicamente la visitaba.

Todos sabíamos que cada primer domingo de mes, los piadosos madrugadores que concurrían a los santos oficios del padre Antonio, veían levantarse por la vieja carretera la nube ferrosa que antecedía al auto que, con rigurosa puntualidad llegaba de la capital.

Todos sabíamos que el auto negro tras cuyas ventanillas se perfilaba una silueta femenina, iba a “Los Olmos”, donde la niña boba, y que al atardecer, los de la misa vespertina, lo veían desandar el camino y perderse tras la loma dejando mordida en la tierra la huella de sus neumáticos y una estela de polvo rosa que lo acompañaría hasta el asfalto.

En las siestas de verano, nosotros, cañas y anzuelos en mano, rumbeábamos hacia el río.

El camino era directo y del mismo divisábamos el flequillo de tejas de “Los Olmos”.

Sigilosos, íbamos separando las ramas de la ligustrina hasta lograr divisarla, en la mecedora, bajo la sombra de la parra del fondo. Nunca habíamos logrado verla de cerca.

Solo entreveíamos su palidez, su rubio cabello a veces trenzado y otras suelto en ondas con un moño, sus manos apoyadas sobre la falda de pulcros vestidos y sus pies de zapatos blancos que se balanceaban marcando el vaivén de su silla hamaca.

La admirábamos como a una muñeca en su escaparate. La venerábamos como a una santa, pues la considerábamos con orgullo como parte de nuestro patrimonio.

Cuando saciados retomábamos el intrincado sendero, la charla obligada era alrededor de las distintas versiones sobre el incierto origen de Amanda, que si bien era intuídos por todos, nadie conocía a ciencia cierta.

Los veranos y los inviernos que nos fueron transformando de inquietos chiquilines en desgarrados adolescentes, también hicieron crecer a Amanda, balanceándose siempre en el continuo tic-tac de su mecedora.

Para entonces, los peces habían perdido nuestro interés y las cañas y anzuelos los preparábamos para otro tipo de pesca y en la urgencia por llegar al río nuestras pasadas por “Los Olmos” se hicieron cada vez más espaciadas.

Coincidió con la llegada del asfalto la presencia de aquel que se autoproclamaba “Testigo del Divino”.

Parado sobre una tarima, a plaza abierta, hablando de pecados y pecadores y amenazando con castigos apocalípticos, fue el agorero de los hechos que acaecieron a partir de entonces en “Granaderos”, como si el dedo de Dios, rescatándonos del olvido, nos hubiese señalado para expiar las faltas de la humanidad, ensañándose más precisamente con nuestra santita.

Ese primer domingo los asiduos a la misa matinal esperaron en vano la llegada del coche negro que como un infalible reloj les indicaba el momento de ingresar al templo y bajo el riesgo de faltar a sus deberes cristianos, lo hicieron resignados para los oficios vespertinos, porque éste, tal vez buscando sus huellas en la tierra, nunca más regresó al pueblo.

Nos preguntábamos entonces, si Amanda habría notado la ausencia.

O nos intrigaba saber si la habría sorprendido la fugaz aparición del descapotable azul que tiempo después, y por esa única vez, conducido por un joven y dos muchachas, blancos y rubios como ella, visitara “Los Olmos”.

Pero sí fuimos nosotros los sorprendidos, con las cotidianas las idas y venidas de la mujer gris, despachando cartas y retirando silencios de la estafeta.

¡Y casi nos desmayamos cuando la vimos llegar con una prisa irritante, llevando en una mano una pesada valija y arrastrando con la otra, a la pobre Amanda que, como expulsada del Edén, por primera vez bajaba al pueblo, enredándose en sus pies y expuesta a la mirada de todos los curiosos.

Si bien sabíamos que nada tenía que ver con nosotros por la palidez de su piel que contrastaba con la nuestra curtida y cetrina, ni sus brillantes y cuidados cabellos rubios con las crenchas cortadas de oído por las tijeras sin filo de nuestras abuelas, salvo por las claridades, tampoco le encontramos parecido alguno con la lánguida dama ni con los jóvenes del descapotable azul.

Como si su peso fuera excesiva para mantenerse erguida, su cabeza pendulaba de hombro a hombro.

Sus ojos celestes, de oblicua mirada líquida, coincidían en su expresión, mas con un pez que con un humano.

La nariz era pequeña y redondita como la de un gnomo y su boca de babosa sonrisa, no lograba contener la lengua que colgaba de ella como un trapo y emitía un continuo e ininteligible gorgo.

Así a la rastra fue llevada hasta la puerta de la Iglesia, y sin la menor prueba de afecto, fue dejada por la que durante años había sido su nodriza, a la custodia del Padre Antonio.

Pretender que el anciano cura, para el que llegar a dar una misa completa sin saltar ninguna parte ó durante el sermón, no delirarse en un laberinto de incoherencias, era toda una hazaña, que tomara a su cargo a la muchacha, era una verdadera utopía.

Se decidió por lo tanto, delegar esa tarea a alguna de las mujeres que dedicaban su tiempo a la oración y al chismorreó, hasta lograr ubicar a su familia.

Malamente la elección recayó sobre Celina que no era justamente un modelo de virtudes, y esa misma noche ya estaba instalada en “Los Olmos”.

A partir de ese día fuimos testigos del deterioro y mal trato al que fue sometida Amanda.

Las puertas de su casa se abrieron, su intimidad violada y su nido invadido y literalmente saqueado. Era alevoso ver a los respetables del pueblo entrar como si fuese una casa pública y salir, en un principio furtivamente y luego sin el menor pudor, escondiendo entre las ropas los objetos que habían logrado rapiñar. La impecable muñeca que hasta ayer admirábamos en el escaparate de una vidriera, la veíamos a diario en la plaza, sucia y desprolija, mientras que, como buena devota, Celina desgranaba rosarios en la Iglesia.

Sentada en largas tardes en la plaza, aferrando con sus manos los costados del banco de cemento intentando arrancarle en vano el balanceo de su mecedora.

Esto que a muchos les provocaba risa, a nosotros nos dolía. Por eso fue que nos enfrentamos a los primos Gutiérrez la tarde en que, simulando desarticuladas marionetas, imitaban el andar de Amanda, ante una ronda de cretinos que los festejaban con aplausos y repetían a modo de estribillo “- Opa, Opa, Opa...-“.

Solidarios con la pobre, salimos a defenderla, abriendo en el pueblo un tajo que dividía a los que nos sentíamos justicieros y a los cómplices de los primos en la burla.

Día a día en cada encuentro, como dardos, el “Opa, Opa” de ellos se cruzaba con el “Opa, no, Amanda”, de nosotros, terminando siempre a los puñetazos, patadas y otras yerbas.

Mientras tanto Amanda, sin entender que nos estábamos jugando por defenderla, festejaba a unos y a otros con su húmeda sonrisa.

Esas lides se repitieron cada tarde de ese verano sofocante y acabaron con la llegada de las lluvias, que, por resarcirse de la larga sequía, fueron particularmente copiosas, no tanto en intensidad, sino en continuidad.

Lluvias de aguas finitas que todo lo mojaron, que empalidecieron nuestras pieles tiznadas, destiñeron paredes y hasta desnudaron la estatua ecuestre del blanco encaje que le habían tejido las palomas, mostrándola con el brillo y la intensidad del bronce.

Después de la lluvia, llegó el frío. Y con el frío la noticia que Amanda se estaba muriendo..

Temblando, más que por el escaso abrigo del cuerpo, porque se nos había helado el alma, corrimos a la casa de puertas abiertas.

Antes de entrar, como una bofetada, nos golpeó un hedor a querosene, humedad y orines que salía de la habitación donde la vida estaba perdiendo una pulseada con la muerte.

Amanda, tendida entre cobijas manchadas, enredado su pelo con sudores y flemas, parecía una anciana; como si su reloj hubiese enloquecido y su tiempo se hubiera adelantado al nuestro. Con estupor veíamos como su pecho de alondra subía con dificultad, intentando ganar el aire y bajaba lentamente tratando de retener el alma.

Indiferentes e irrespetuosos a la Parca que pacientemente esperaba, desde el cuarto contiguo, se oían gritos de mutuas acusaciones y débiles defensas, de reproches y alegatos, y sobre éstos se destacaba en un falsete destemplado, la voz de Celina que trataba de justificar la ignominia con un “-...porque no era ninguna novedad que la Opa era enfermita de los pulmones...”

Fue en ese instante, en que Amanda nos miró con los ojos velados por las lagañas, dijo las únicas palabras que por primera vez pudimos entenderle: -“Opa no... Manda”

Trepamos por el camino de las siestas, para llorar a escondidas las lágrimas que ya nos enturbiaban la senda.

Esa tarde crecimos. Fue cuando descubrimos que el río no era río, sino simplemente un arroyo.

Había llegado el momento de partir.